

## § V

## TIBERIADES.

Febrero 25.

Amaneció el día, y estaba hermosa la mañana, y fresca como mañana de primavera.

Salimos de Djenin á las cuatro y media, porque determinamos llegar aquel día mismo á Tiberiades, y la jornada debería ser bastante larga. Entramos desde luego en la llanura de Esdremon (*Merdj-ibn-amer*), la mas célebre de Palestina. Es fértil como nuestros virgenes campos americanos, y se respira en ella ese olor de naturaleza que forma el ambiente embalsamado del Nuevo Mundo. Todos los que formábamos la caravana gozábamos de un humor espléndido. Ibamos por la llanura á carrera tendida, y nos sentíamos poseídos del deseo de devorar la distancia. Nuestros caballos se manifestaban influidos también por aquella alborada, y saltaban regocijados, haciendo salir del fondo de su pecho prolongados relinchos.

La llanura de Esdremon tiene muchas ondulaciones, su forma es triangular, su longitud de doce leguas, y de cinco su anchura. Termina al norte en el Mediterráneo; al oriente, al pié de tres montañas célebres, el Tabor, el Hermon y el Gelboe. Multitud de corrientes la bañan; las principales son dos rios: el Nahr-el-Djalud que desemboca en el Jordan, y el Cison que se arroja en el Mediterráneo.

Ordinariamente los viajeros se dirigen de Djenin á Nazaret, y de aquí á Tiberiades; nosotros hicimos lo que no es acostumbrado: cruzar directamente á Tiberiades.

A las doce llegamos al frente de monte singularísimo. Aislado por todas partes de la cadena de montañas de que forma parte, se des-

taca su mole gigantesca, redonda y perfecta, como si estuviese acabada por la mano de un artista. Sus faldas enormes se extienden á lo lejos en suave declive, mientras su masa imponente se levanta sin adelgazarse, hasta terminar en planísima llanura á manera de plataforma. Sus flancos están cubiertos de verdura, y árboles corpulentos les forman bosques tupidos y oscuros. Esta montaña es el Tabor. ¡Altura imponente que ha visto la gloria del Hijo del Hombre, y ha servido de peana á las plantas de Jesus trasfigurado!

Al mirar el Tabor me sentia turbado, como si esperase que de repente hubiera de aparecer delante de mis ojos aquella escena excelsa, en que Jesus, envuelto en luz, conversaba con Moisés y con Elías.

De seguro,— me decia á mí mismo, al devorar con mis miradas la plataforma de la cumbre donde Jesus se trasfiguró,— de seguro hubiera dicho yo lo mismo que San Pedro, si hubiera visto lo que él vió: *Rabbi, bonum est nos hic esse; et faciamus tria tabernacula, tibi unum, et Moysi unum, et Eliae unum.* «Señor, es bueno que permanezcamos aquí, y hagamos tres tiendas: una para tí, otra para Moisés y otra para Elías.» Este deseo es asaz natural en el corazón del hombre, que no late sino por llegar al goce de un placer eterno, donde poder reposarse eternamente.

Destino singular y misterioso es el de las alturas. El sacrificio de Isaac acaeció en el monte Moriah. Las tablas de la Ley fueron dadas por Dios á Moisés en el Sinai; Moisés murió en el monte Nebo; Elías vivía en el Carmelo; Jesucristo predicó en el monte de Hittin, se trasfiguró en el Tabor, murió en el Calvario y subió al cielo, del monte de los Olivos.

El Tabor, situado en la frontera de las tribus de Isacar y Zabulon (*Djebel-Tur*), se eleva 100 metros sobre Nazaret, 760 sobre Tiberiades y 400 sobre la llanura, en tanto que la llanura de Esdremon está á 500 piés sobre el nivel del Mediterráneo.

En la cumbre del Tabor vivió muchos años haciendo vida de solitario, un fanático griego llamado Erinna. Sucedió, pues, á Erinna,

según él mismo contaba, que siendo joven oyó en sueños una voz que le decía: «hallarás la felicidad que buscas en el sitio que te representa tu sueño.» Y el lugar que vió durante su sueño, fué un monte. Dióse entonces Erinna á viajar por todos los países de Europa, buscando el monte que habia visto, y no lo hallaba. Después de once años de peregrinación, llegó á Palestina, vió el Tabor, y reconoció en él aquel monte que en sueños habia visto, y dijo: «aquí hallaré la felicidad.» Y allí vivió hasta la edad de noventa años, alimentándose con los frutos de un terrenito que él mismo cultivaba en la plataforma de la montaña. Erinna murió en 1856, y su muerte fué muy llorada por los paisanos de la llanura, á quienes el solitario griego hacia bien, y por los pobres de Nazaret á quienes socorria.

En el año 70, cuando Vespasiano vino á ocupar la Galilea, los judíos rebeldes se apoderaron de varias ciudades y fortalezas. Flavio Josefo, el historiador, á la cabeza de muchedumbre de insurrectos, se apoderó del Tabor y lo rodeó con una muralla que hizo construir en el breve espacio de cuarenta días. Vespasiano, ocupado en el cerco de una plaza, envió á su general Plácido para que se apoderara de este monte. Plácido se fingió vencido, los judíos lo persiguieron por la llanura, y cuando hubieron bajado, el general romano volvió sobre ellos, y los derrotó completamente. Los judíos que no perecieron en esta funesta batalla, fueron hechos prisioneros.

El Tabor ha sido hartas veces ensangrentado. Muchas guerras se han hecho en su cumbre y en su torno; que no parece sino que la suerte quiere que los sitios mas venerables, sean profanados y manchados por el crimen de los hombres.

A la vista de este monte dió el ejército de Napoleon aquella batalla tan celebrada que forma uno de los mejores timbres de su gloria. Sin embargo, esta victoria tan memorable no produjo resultado satisfactorio en la empresa que en ese tiempo traía entre manos Bonaparte. San Juan de Acre resistió tenazmente, y el héroe corso, el Alexandro de los tiempos modernos, hubo de renunciar á su empeño, y de reti-

rarse de los muros de la ciudad, para él inexpugnables. La Inglaterra representada por Pitt, Sidney Smith, Nelson y Wellington, fué en la historia de Napoleon, la nube sombría encargada de eclipsar la estrella de sus glorias.—

Ibrahim-Pashá, algunos años mas tarde, llevó á cabo la empresa que fué imposible para Bonaparte, posesionándose de San Juan de Acre; y poco tiempo después, cuando el conflicto entre el Egipto y la Turquía, bajo el gran Mohamed-Ali, la escuadra inglesa bombardeó la antigua Ptolemaida, y en unas cuantas horas la redujo á un montón de escombros.

Esto nada quiere decir, pues no ha sido Napoleon el único conquistador que haya tenido que retroceder ante un obstáculo débil en la apariencia. César en Egipto, hubo menester pasar el Nilo á nado llevando sus comentarios en alto en una mano, rechazado en el ataque de una fortaleza; y Alexandro tuvo por imposible subyugar á los escitas, que no tenían mas propiedades que un arco, unas flechas y una copa de madera para tomar el agua. Pero basta ya de reminiscencias históricas.—

Caminamos una hora costeano las faldas del Tabor, y nos detuvimos finalmente en un *Khan* arruinado (*Suk-el-Khan*). Esta clase de edificios, como lo he dicho en otra parte, son á manera de posadas públicas, donde se da mal alojamiento, mal alimento para los hombres y pésimo pesebre para las bestias.

Este *Khan* fué edificado por Senar-Pashá, al uso de las caravanas de Egipto. Es una especie de fortaleza formada de piedra, muy vasta y de forma cuadrangular. Hay allí una fuente de muy buena agua, y en busca de ella vienen frecuentemente los beduinos.

Metímonos, pues, buscando sombra, en uno de los aposentos medio arruinados de aquella construcción, y sentados sobre las piedras desgajadas de los muros, descansamos algunos instantes. Uno de los *mukr* fué á una aldea inmediata á buscar pan, y no lo encontró, pero hizo venir de allá una vieja para que nos lo hiciera, pues el *mukr*

traía harina consigo. Llegado que hubo la vieja á nuestro campo, encendió gran lumbre, y alrededor de ella colocó cuatro piedras. Echó agua á la harina, la amasó, formó cuatro panes, y los puso sobre las piedras calientes, tapándolos con ceniza. Algunos minutos despues, los panes estaban cocidos, y aunque sin levadura y desabridos, pudimos comerlos sin gran disgusto. Panes por el estilo han de haber sido los que hizo Sara para los tres ángeles, á quienes Abraham dió hospedaje en su tienda, cuando el patriarca le dijo: «ve pronto, amasa tres medidas de flor de harina, y haz panes cocidos bajo el rescoldo.»

Terminado el almuerzo, volvimos á ponernos en marcha, y aunque me sentia muy fatigado despues de ocho horas de camino, quise subir un poco por las faldas del Tabor. Hicimos una ascension de una hora, al cabo de la cual nos detuvimos en un punto desde donde pudimos dominar el paisaje que nos rodeaba, hasta muchas leguas en contorno.

Entre el norte y el noreste miranse la llanura de Hittin (*Kan-el-Tudjar*), la aldea de Lubieh, el Monte de las Bienaventuranzas, Saffet, en la cima de alta montaña, y una parte del lago de Tiberiades. En el fondo del cuadro se levanta el grande Hermon, cubierto de nieve. Del otro lado del lago se ven la tierra de Galaad y la aldea de Refr-Sabt. Al noreste están las aldeas Refr-Temr y Shara. Al norte se encuentran Refr-Musr, y Endor al pié de la colina; al oeste, Nain, al pié del pequeño Hermon. Por este mismo lado, al pié del Tabor, corre el Cison, atravesando el campo de batalla de Débora y de Barac, contra Sisara á la cabeza de los medianitas. Allí me representaba á Barac con sus diez mil soldados, y esta llanura poblada de carros, *aun de novecientos carros* de fierro, reunidos por Sisara, y á Sisara perseguido por Barac hasta Hroshet. Sisara, huyendo á pié, se refugió en la tienda de una mujer llamada Jahel. Rendido de fatiga, quedóse allí dormido; entonces la mujer, tomando un clavo enorme, apoyó con una mano la punta sobre la sien del guerrero dor-

mido, y golpeando con un martillo sobre el clavo con la otra, traspasó la cabeza de Sisara de parte á parte, hasta que el clavo penetró en la tierra.

Entonces fué cuando Débora compuso aquel himno célebre que respira la alegría del triunfo, y termina así:

«Bendita sea entre las mujeres, Jahel, esposa de Aber. Sisara le pedia agua, ella le dió leche, y el guerrero quedó dormido. Ella tomó un clavo con la mano izquierda y con la derecha un martillo, y escogiendo en la cabeza del guerrero el mejor sitio, golpeó con todas sus fuerzas y atravesó las sienes de Sisara. Él sucumbió, perdió sus fuerzas y murió á sus piés; estaba tendido delante de ella, y yacia miserable y sin vida. Sin embargo, su madre suspiraba, mirando por la ventana de su aposento, y decia: ¿por qué su carro tarda tanto en venir? ¿por qué los piés de sus caballos son tan lentos? Una de las mujeres de Sisara respondió á su suegra: tal vez en este momento se apodera de los despojos y toma la mas bella de las cautivas. ¡Que así perezcan todos nuestros enemigos, Señor, y que nuestros amigos resplandezcan como el sol en su oriente!»

Al oeste se extiende la cadena del Carmelo, hasta el mar, y al noreste se ve el Mediterráneo.

Tuvimos un cuarto de hora de contemplacion de este espectáculo grandioso, y al cabo de él y muy á nuestro pesar, bajamos de la altura y continuamos nuestro camino. De allí en adelante no hicimos mas que descender montañas tras montañas, encontrando al paso innumerables aldeas.

Dos horas despues atravesamos una pequeña corriente, cuyas aguas derraman á su paso vida y alegría. A sus orillas crecen tupidos bosques de laureles-rosas cargados de flores. Llegamos por fin al lago de Tiberiades, viniendo á dar exactamente á su extremo sur. El Jordan vuelve á salir del lago en este sitio, despues de haberlo atravesado, y sus aguas son transparentes de tal suerte, que dejan ver las piedras que forman su lecho. Miranse en este lugar los restos de un

puente romano, que atravesaba el río. Ahora no hay puente alguno, y para pasar de una ribera á la otra, es preciso meterse en el agua caminando por un vado.

Costeamos el lago hácia la izquierda, y tardamos mucho todavía en llegar al pueblo de Tiberiades.

De repente me sentí atacado de una fuerte calentura; mi cabeza estaba pesada y mis ojos ardientes. No puedo describir la pena que me causó terminar la jornada de aquel día; el camino me pareció muy largo, y no sintiéndome con fuerzas para llevar las riendas en la mano, las dejé abandonadas sobre el cuello del caballo, para que este me condujera adonde le diera el antojo; él siguió á los demás de la caravana y me llevó á Tiberiades.

Llegamos al oscurecer, y estábamos todos rendidos de fatiga, después de una jornada de doce horas.

El pueblo de Tiberiades se levanta á la orilla noreste del lago, y se encuentra oculto en un recodo, de manera que no puede ser visto sino á corta distancia.

La antigua Tiberiades estaba algo más al sur que la actual. Fué fundada diez y seis años A. J. C. en la tribu de Zabulon en Galilea, por el tetrarca Herodes Antipas, que le dió el nombre de Tiberiades, en honor del emperador Tiberio, su protector. Tiberiades fué la capital de Galilea.

Cuando los judíos se sublevaron contra los romanos, Flavio Josefo, siendo su gobernador, fortificó Tiberiades. Un día la ciudad se sublevó contra Josefo, pero él se apoderó nuevamente de ella, con siete soldados y doscientas barcas vacías que hizo caminar por el lago detrás de él, á alguna distancia.

Después de la destrucción de Jerusalén, Tiberiades fué una de las ciudades de asilo para la nación judaica, y allí existió una escuela israelita en el siglo II. De esta escuela salió la Gemara, vulgarmente conocida con el nombre de Talmud de Jerusalén, libro compuesto por el rabino Joconan, y la Masorah, destinada á conservar la tradición

de las Escrituras y la pureza de la pronunciación. Durante más de dos siglos, los judíos consideraron Tiberiades como una segunda Jerusalén. Todavía hasta el presente, las ciudades de Tiberiades, Jerusalén, Hebrón y Safed, son tenidas por santas entre los judíos.

El rabino Bar-Anina que enseñó el hebreo á San Gerónimo, era de Tiberiades.

José, uno de los principales habitantes de la ciudad en el siglo IV, descubrió en el tesoro de la nación judía, el Evangelio de San Juan y los Hechos de los Apóstoles, traducidos del hebreo al griego, y el Evangelio de San Mateo en hebreo como había sido escrito. José se hizo católico en seguida, y pidió al emperador Constantino permiso para edificar una iglesia en Tiberiades, y habiéndolo obtenido, el gran templo idólatra llamado Adrianeo, fué convertido en iglesia católica.

En tiempo de los Cruzados, la Galilea fué erigida en principado, y Tiberiades en capital suya.

La Tiberiades actual es la de los Cruzados. Está rodeada de un muro antiguo con torres de trecho en trecho. Las murallas occidentales reciben el golpe incesante de las olas.

No tiene la ciudad más que una puerta de entrada; pero habiendo caído el muro en ruinas, hay multitud de brechas por donde entran y salen los habitantes de la ciudad. Vista Tiberiades á cierta distancia, tiene aspecto agradable, con sus muros y sus torres, y su vieja ciudadela elevada sobre una altura. Se diría una ciudad europea de los tiempos feudales. Pero vista por dentro, es triste y fea; sus calles son estrechas, tortuosas y pestilentes. Como sus habitaciones están colocadas en el declive de una montaña, al pasar á caballo por las calles, mirábamos los techos de las casas á nuestros pies, y nuestras miradas curiosas sorprendían lo que pasaba en el interior del hogar doméstico. Los hombres sentados en el terrado, fumaban ociosamente su pipa, en tanto que las mujeres lavaban su ropa en el patio, ó cosían, ó peinaban y aseaban á los niños. Tiberiades tiene 3,500 ha

bitantes, de los cuales 2,500 son judíos y 1,000 entre católicos y mahometanos.

Nos dirigimos al convento latino mientras llegaban nuestros arrieros que venían detrás caminando despacio. Los franciscanos tienen un diminuto hospicio guardado por un solo fraile. La iglesia fué edificada por Tancredo, y está dedicada al primer pontífice. Tiene exteriormente forma de nave, y su quilla de piedra avanza sobre el lago, de manera que las olas vienen á estrellarse contra ella. Ocupa el lugar donde, según la tradición, Jesucristo dijo á San Pedro: «apacienta mis corderos.»

Una hora después llegó el resto de la caravana. Nuestras tiendas fueron levantadas á la entrada del pueblo. Dejamos ya de noche el hospicio y nos fuimos á descansar al abrigo de nuestras habitaciones de lona. Yo, rendido por la fatiga y por la calentura, quedéme desde luego pesadamente dormido.

Febrero 26.

A las seis de la mañana me levanté y salí á la puerta de la tienda. El aire fresco que respiré me hizo mucho bien y disminuyó un poco la fiebre que me abrasaba.—

El espectáculo que tenía á mi frente logró abstraerme por completo, y me embebí en la contemplación del magnífico panorama. El lago de Tiberiades (*Bahr-Tabarieh*), el famoso mar de Cenereth, el mar de Galilea, estaba á mi vista. Allí se extendían sus aguas azules y claras, murmurando confusamente y agitándose con mansedumbre á mis plantas. Por todas partes en derredor hay montañas, y sus cumbres gigantescas se retratan sobre la mansa superficie. Allá á lo lejos, sobre los picos de los montes, levántase el grande Hermon coronado de nieve, á manera de un padre anciano que eleva la cabeza cubierta de canas sobre las de sus hijos que lo rodean, reclinados en su regazo.

El lago tiene forma irregularmente oval. Su longitud es de cinco

leguas, y de dos su anchura. Su mas grande profundidad es de cincuenta y cinco metros. Tomé de aquella agua en el hueco de mi mano, bebila, y la encontré dulce y fresca. Estas aguas son tan claras, que permiten ver distintamente los innumerables peces de mil tamaños y figuras que en todos sentidos las cruzan.

El mar de Genezareth fué teatro de los prodigios obrados por Jesús; aquí hizo San Pedro la pesca milagrosa; aquí, obedeciendo á la voz del Hijo del Eterno, se aquietaron los vientos y se sosegaron las tempestades del mar; Jesucristo marchó sobre estas aguas, y San Pedro siguió tímidamente sus huellas.

Aquí fué también donde San Pedro recibió de Jesús la investidura de la autoridad suprema, según la cual debía regir y apacentar el rebaño de la Iglesia.

Esta mar es sagrada. Sus aguas han sido bendecidas por la presencia del Redentor del mundo: ningún lago, ni el mas célebre de la tierra, ha visto realizarse en la superficie de sus ondas los prodigios que aquí realizó El que vino á enseñar á los hombres la verdad y á hacerles amar la justicia. Hermosos han sido á la verdad los sitios consagrados por los hechos del Salvador durante su vida. Dígolo, porque la mar de Galilea es tan bella como la ilusión de un poeta. El Hombre Dios no pudo menos de haber sido perfecto artista; hé aquí por qué escogió estos sitios para escenario de sus obras.

Las riberas de este lago fueron fecundas en acontecimientos para el cristianismo. Aquí está Medjdel la antigua Magdala, patria de Santa María Magdalena; aquí Betsaida, patria de tres apóstoles, Pedro, Felipe y Andrés; aquí finalmente, Tel-Um, la antigua Cafarnaum, que fué habitada largo tiempo por Jesucristo, y hecha célebre con grandes milagros y prodigios realizados por el Hijo de Dios.

De estas reflexiones vino á sacarme una escena singular que pasaba delante de mis ojos, á la orilla del agua. Había allí un grupo como de veinte personas, formado de hombres y mujeres, y los que aquel grupo componían, todos judíos, hacían reverencias y oraban.

Acerquéme por ver lo que aquello significaba, y miré el desnudo cadáver de un hombre, que era lavado en el lago.

La vista de aquel cadáver pálido y desnudo, sumergido en el agua y estregado con cuerdas, me pareció en extremo repugnante; pero llevado de la curiosidad de presenciar una escena nueva y curiosa, seguí fijando tenazmente mi atención en aquel grupo.

Cuando el cadáver hubo estado bien limpio, fué colocado boca abajo sobre la arena. Uno de los circunstantes leyó en un libro que tenía en la mano, una especie de plegaria, á la que contestaron los otros en coro. Despues de esto, los hombres y las mujeres dieron tres vueltas al rededor del cadáver, haciendo reverencias y levantando el rostro hácia arriba. En seguida fué puesto el cuerpo boca arriba, volvió á leerse en el libro, y tornaron los concurrentes á girar tres veces, haciendo las mismas reverencias. Terminada esta ceremonia, fué envuelto el cadáver en una manta, y, colocado sobre las espaldas de uno de los presentes, el cortejo fúnebre regresó á Tiberiades.

Aquella escena extraña me dejó impresionado, sin que pudiera explicarme puntualmente lo que significaba. No faltaba sino este cuadro fúnebre y singular para que mi espíritu quedara profundamente turbado, en presencia de estos sitios tan clásicamente célebres en la historia cristiana.

## § VI

### NAZARET (NAZARAH).

Febrero 26.

A las nueve de la mañana proseguimos nuestra marcha á Nazaret. Grande esfuerzo me costaba tenerme sobre el caballo, pues mi cabeza pesaba como si hubiera sido de plomo. Todo mi deseo era llegar á Nazaret, para trasportarme de allí á Kaiffa y tomar un vapor que me condujera á Alexandria. Esta era la esperanza que me alentaba, y

solo merced á ella sacaba fuerzas de mi naturaleza, para continuar aquel camino por un terreno desigual y pedregoso, y bajo un sol de fuego que hacia arder en llamas el espacio.

Subimos los doscientos treinta metros que mide la profundidad de la hoya donde se agitan las aguas del mar de Galilea bajo el nivel del Mediterráneo. Tres cuartos de hora despues entramos en la llanura de Hittin. Es una pequeña planicie muy alegre y risueña, cerrada á un lado por la montaña, y al otro por el abismo del lago de Tiberiades.

Aquí fué donde Jesucristo multiplicó los siete panes y algunos peces. El lugar exacto que ocupaba Jesus cuando hizo este milagro, está designado por un monton de enormes piedras de basalto, que son los únicos restos que quedan de una iglesia que allí habia. Yo miré con la imaginacion en aquel sitio, á la multitud congregada en torno de Jesus. Eran cuatro mil personas, y el Salvador sació su hambre, dándoles á comer de siete panes y de algunos pescados. Estos campos resuenan todavía con el acento de admiracion de la muchedumbre, cuando en presencia de aquel prodigio adoró á Jesus, clamando: *¡glorificado sea el Dios de Israel!*

Media hora despues llegamos al pié de una pequeña montaña de forma piramidal, cuyo nombre geográfico es montaña de Hittin, y cuyo nombre cristiano es monte de las Bienaventuranzas.

Al pié de esta colina fué enterrado, segun los judíos, el suegro de Moisés, Jetró, sacrificador de Madian.

Un cuarto de hora despues nos encontramos en la cima.

Aquí fué donde Jesucristo enseñó á las gentes su admirable doctrina, en aquella sublime alocucion, conocida vulgarmente con el nombre de Sermon de la Montaña. Aquí fué donde dijo:

«Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos.

«Bienaventurados los tristes: porque ellos recibirán consolacion.

«Bienaventurados los mansos: porque ellos recibirán la tierra por herencia.